

**Itziar Ruiz-Giménez, "Las buenas intenciones". Intervención
humanitaria en África,**

Editorial Icaria, Madrid, 2003.

por Aloia ÁLVAREZ.

Pensemos en África como un inmenso tapiz inacabado que distintas manos llevan siglos confeccionando. Imaginemos que cada pequeña equivocación haya supuesto o una vuelta a empezar o el continuar con la tarea a pesar de ese fallo, lo que significará que siempre arrastrará imperfecciones. Consideremos también que entre los artesanos nos encontremos a los pueblos africanos, europeos, asiáticos, árabes, americanos... a sus representantes políticos y a sus ejércitos, a los organismos internacionales, a las compañías multinacionales y a las agencias de cooperación. Fijémonos en el amarillo y verde de sus cultivos, en el negro de sus gentes, en el rojo de sus luchas. Cada uno de los hilos que da color a este tapiz llamado África tiene asociada una historia que acabará componiendo el continente tal como es hoy.

Itziar Ruiz-Giménez conoce muchas de esas historias, y por eso nos invita a brindarle nuestras manos, que le servirán de rueda en la que ir enredando los hilos que con gran maestría ella misma irá destejiendo. La autora de *Las buenas intenciones* realiza su primera incursión en el mundo editorial^[1] con la destreza de la mejor exploradora y, con toda seguridad, lo hace para quedarse, como constatarán aquellos lectores interesados en profundizar en el análisis de los conflictos africanos, pero no sólo en esta materia ya que esta obra sirve a diversos intereses. En ella encontramos, como señala su prologuista, Francisco Javier Peñas, una "monografía teóricamente ilustrada" en la que se recogen las últimas aportaciones a la Teoría de las Relaciones Internacionales a partir de un ejercicio de ida y vuelta entre teoría y thick description (p. 7). Nada sobra en este libro, en el que la digresión no consigue sino resituarnos en un contexto multidimensional, invitándonos a acudir al pasado para dar con las claves del presente y quizás así vislumbrar el futuro.

Haciéndose eco del dicho popular que nos recuerda que “el camino al infierno está lleno de buenas intenciones”, nuestra autora se adentra en el “corazón de las tinieblas” para iluminar un escenario hasta ahora más lleno de sombras que de luces. Y lo hace con tal grado de sabiduría y profundidad teórica, al tiempo que delicadeza y empatía, que logra hacernos aprehender una cara de la realidad internacional (y de la africana en particular) que otros han mantenido, consciente o inconscientemente, en la oscuridad. En *Las buenas intenciones*, Itziar Ruiz-Giménez nos lleva de la mano por la historia reciente de África, nos sirve de guía en un viaje por el continente que siempre ha salido perdiendo en el juego de las relaciones internacionales. Y nos conduce a un destino nada común, al de la realidad africana vista desde un prisma al que desgraciadamente no estamos acostumbrados.

Una realidad que difícilmente traspasa el filtro mediático si no se trata de atender a cualquiera de los “cuatro jinetes del Apocalipsis”^[2] (guerra, hambre, epidemias y catástrofes naturales) que amenazan el continente (p.11). Esta visión, parcial e incompleta, es la dominante en los círculos mediáticos y entre la clase política occidental y contribuye a afianzar los estereotipos sobre África, que aún hoy sigue siendo visto como un continente poblado por “buenos salvajes”^[3], víctimas pasivas de su propia historia (p. 12). Uno de los propósitos de este libro es devolverles a los africanos su lugar en la historia como agentes y otorgarles la responsabilidad que les es arrebatada por los que se acercan a él desde las “buenas intenciones”. Pero cumple también otra función, la de desenmascarar a esos bienintencionados que disfrazan el militarismo y el interés geoestratégico de bondad y humanitarismo.

La imagen más recurrente que se tiene en Occidente sobre África es la de la guerra, fenómeno que se presupone inherente a la africanidad, como si el destino manifiesto de los africanos fuese el acabar los unos con los otros. Paradójicamente, la guerra en África es tan desconocida como cualquier otra cara del continente (p. 12). Itziar Ruiz-Giménez, siente la obligación de apelar a nuestra cautela a la hora de mirar hacia allí. Pretende mostrarnos que “los análisis que consumimos sobre las guerras civiles africanas están distorsionados por prejuicios, estereotipos, por un discurso que tiende a explicarlas como producto de rivalidades étnicas ancestrales y primitivas, cuando son resultado de factores de índole político, social, económico y cultural contemporáneos y sumamente complejos” (p. 12). Y este libro se acerca a esta complejidad de una manera clara y contundente. Nuestra autora escribe desde un profundo y riguroso conocimiento de las relaciones internacionales en la posguerra fría y

de la inserción de África en el sistema internacional, pero también desde la piel que ha sentido Addis Abeba, Mogadiscio, Maputo, Harare, Nairobi...

Su discurso se va construyendo en torno a dos ejes que se complementan. Por un lado, nos da las claves para entender tres de los conflictos africanos de los años 90 (Liberia, Somalia y Ruanda) y la consiguiente respuesta de la comunidad internacional para su resolución. Por otro lado, nos ofrece un profundo análisis crítico de las distintas narrativas sobre conflictos que hasta el momento nos han explicado las guerras en África. Como apunta la autora, los discursos crean realidades y estas narrativas sirven para legitimar ciertas acciones, como las intervenciones humanitarias de las potencias occidentales en los conflictos africanos de la década de los 90 (p. 12, 151, 152). Y no sólo nos habla de los hechos, sino también de las omisiones, el silencio consciente de otros conflictos en los que a la comunidad internacional no le ha interesado implicarse.

Para ello, Ruiz-Giménez desmonta la teoría clásica de Relaciones Internacionales logrando romper con la mitología del estado que durante siglos ha sometido el estudio de lo que acontece en el mundo a parámetros de análisis rígidos e inamovibles. Como señala Francisco Javier Peñas, "el mundo concebido en términos westfalianos como compuesto de casi 200 estados a imagen y semejanza de las potencias europeas (...) no existe a partir de la descolonización" (p. 7-8) pero la ortodoxia en materia de Relaciones Internacionales ha seguido explicándolo a través de conceptos que, según nuestra autora, no sirven para analizar el papel que juega África en el sistema internacional. En primer lugar, no podremos entender nada de lo que sucede hoy en el continente si olvidamos lo que supuso la colonización europea y el posterior proceso de descolonización (los imperios coloniales europeos comenzaron a tejer el hilo civilizatorio ya en el siglo XV, hoy este hilo simplemente ha cambiado de manos). En segundo lugar, tampoco le haremos ningún favor a los pueblos africanos si seguimos considerándolos víctimas de su propia historia ya que también ellos y sus representantes políticos han tenido responsabilidades en el devenir de África.

La mayor parte de los conflictos africanos se da en el interior de los estados y guarda una estrecha relación con la arbitrariedad de las fronteras establecidas tras las independencias. Durante la Guerra Fría estas guerras fueron instrumentalizadas por las dos superpotencias, pero en mayor medida por Estados Unidos. El respaldo a los gobiernos represivos contribuía a asegurar sus intereses en la región y a frenar una influencia soviética muchas veces magnificada. Los dos bloques utilizaron la convulsa

situación del África recién independizada para su propio beneficio. Sin embargo, como señala Mark Huband, “con muy contadas excepciones, la Guerra Fría en África nunca fue tan marcada como la pintaban las superpotencias”^[4]. La herencia que dejaron en la inmediata posguerra fría fue la de un continente sumido en la guerra y la pobreza.

En un artículo anterior a la publicación de este libro, Ruiz-Giménez nos explicaba que el paradigma dominante durante la contienda bipolar presentaba a los estados como bolas de billar, esto es, como entidades totalmente homogéneas e independientes, de forma que no era relevante lo que pudiese estar sucediendo dentro de sus fronteras^[5]. Desde el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial la intervención humanitaria, vinculada al estándar civilizatorio, era considerada como “uno de los títulos de guerra justa contra las denominadas sociedades semicivilizadas”^[6] (p. 15). Sin embargo, el régimen de soberanía negativa no era compatible con el intervencionismo humanitario, que desde el inicio de la Guerra Fría empezó a ser considerado un instrumento ilegítimo para las relaciones internacionales. Por lo tanto, el estándar civilizatorio que había guiado a las potencias europeas en la colonización de otros territorios desaparecerá tras las independencias al amparo de este régimen; pero pronto volverá a emerger.

El cambio de paradigma en la posguerra fría descorre las cortinas y visibiliza multitud de casos de violaciones sistemáticas de derechos humanos que se estaban dando en muchos estados africanos así como la crudeza de muchos conflictos intraestatales. El nuevo orden normativo internacional facilita la internacionalización de estos conflictos y el lenguaje de derechos humanos vive su momento de mayor esplendor a la vez que el régimen internacional de soberanía se vuelve más elástico. Las potencias occidentales se convierten en los promotores de un nuevo estándar humanizador. Esta vez, el grado de civilización vendría determinado por el carácter democrático y respetuoso con los derechos humanos y la economía de mercado (p. 17).

Este estándar proclama la responsabilidad moral de Occidente ante las violaciones de derechos humanos que se den en cualquier parte del globo. Desde entonces, “la diplomacia humanitaria coercitiva se ha convertido en la respuesta principal de la comunidad internacional a los conflictos armados de la última década”^[7]. Ruiz-Giménez establece tres etapas en la evolución del intervencionismo humanitario de los años 90: euforia, reconfiguración y enfriamiento, coincidentes con los tres casos de estudio que nos presenta (p. 14). Entre los años 1990 y 1994 se llevan a cabo cuatro intervenciones humanitarias, en Liberia, Irak, Somalia y Ruanda. La justificación que se les dio fue la

necesidad de frenar una amenaza a la paz y la seguridad internacionales y el hacer valer el respeto a los derechos humanos en estos países. Hoy, más que nunca, nos encontramos con la necesidad de descubrir la realidad que se esconde tras una intervención humanitaria cuando esta figura ha vuelto a cobrar importancia en la agenda de las relaciones internacionales de la mano del Gobierno de Estados Unidos. Con este propósito nuestra autora nos desvela las contradicciones entre las prácticas y los discursos que acompañaron a estas intervenciones.

Empecemos por los discursos. Durante los años 90, el nuevo barbarismo^[8] se convierte en la narrativa dominante a la hora de abordar la explicación sobre los conflictos que se desarrollan en el continente (pp.152-158). Este discurso explica la violencia vivida en África como derivada de “la revitalización de la etnicidad africana liberada de las ataduras de la Guerra Fría” (p. 12). Entiende que las identidades culturales son antagónicas por naturaleza y que, por este motivo, la única relación posible entre ellas es el conflicto^[9]. El nuevo barbarismo ha calado hondo en los medios de comunicación y en los círculos políticos occidentales, y ha contribuido a extender una imagen desvirtuada de África, ya que parece que “al atribuir la violencia a un tribalismo irreductible de los africanos, no fuera necesario explicación ulterior, ni histórica o de otra índole” (p. 31).

En *Las buenas intenciones* encontramos una ácida crítica a este enfoque esencialista, que presenta claros tintes de racismo y roza el determinismo biocultural, ya que ni analiza procesos contemporáneos ni ve a otras sociedades a través de este filtro (p. 155). Nos recuerda Itziar Ruiz-Giménez que la etnicidad es contingente, histórica y cambiante, y necesita ser explicada, ya que detrás de cada conflicto se esconde una lucha por el poder y la riqueza (p. 31); y nos hace una llamada de atención: entendamos que los discursos nunca son inconscientes sino que sirven para legitimar las acciones que se llevan adelante, en este caso, en el continente negro. Cada uno de los tres casos analizados en este libro ha sido visto por Occidente a través del enfoque del nuevo barbarismo, de ahí se deriva el fracaso de la consiguiente respuesta internacional y, si partimos de una perspectiva constructivista (desde donde parte nuestra autora), de ahí se desprenden también los procesos de reconfiguración y posterior enfriamiento de la euforia humanitaria que descansó en la intervención en Liberia (pp. 18, 179-183).

Este enfoque pronto “se demostró inoperativo para explicar la génesis, continuidad y fecundidad del recurso a la violencia en Ruanda, Somalia o Liberia” (p.

158). Debido al agotamiento de este análisis (que, de todas formas, sigue teniendo vigencia en determinados contextos) han tomado impulso dos nuevos. El primero de ellos, preeminente en los círculos de cooperación para el desarrollo, entiende el conflicto como derivado exclusivamente de la pobreza. La tesis más reciente del Banco Mundial sostiene que un país de ingresos medios-bajos tiene 4 veces más probabilidades de experimentar una guerra civil. Se entiende entonces que no podrá haber desarrollo sin un plan de prevención estructural del conflicto^[10]. Ruiz-Giménez recoge en este libro las apreciaciones de Mark Duffield al respecto, otra de las miradas sobre conflictos más novedosas e interesantes que han salido de imprenta en los últimos años. Tal como sostiene Duffield, la narrativa del subdesarrollo es la alternativa liberal al primordialismo del nuevo barbarismo^[11]. Esta narrativa rompe con el primitivismo africano y saca a la luz procesos contemporáneos en su complejidad (p. 159). Sin embargo, apunta la autora suscribiendo la postura de Duffield, tan sólo desvela las causas permisivas y “no visualiza las causas inmediatas que provocan el desencadenamiento del conflicto en unos países y otros no” (pp. 20, 159). Esta perspectiva completa la radicalización del desarrollo al legitimar el desembarco de la comunidad internacional y de las agencias de ayuda en la resolución de conflictos.

Una tercera narrativa, de la que se considera deudora Ruiz-Giménez (aunque con ciertas reservas) es la de la Economía Política de la Guerra. Este discurso concibe las guerras como “la respuesta de ciertas élites políticas y económicas a su desigual integración en la economía mundial” debido a la crisis de legitimidad que sufre el estado poscolonial africano durante los años 80 (p. 162). Desde esta perspectiva se visualizan las causas de los conflictos africanos y la responsabilidad concreta de agentes locales, regionales e internacionales. La narrativa de la Economía Política de la Guerra es la más completa, a ojos de la autora, pero tampoco acaba de convencerla, ya que presupone un grado excesivo de racionalidad en los actores, deslegitima a todos los líderes y, además, sólo entiende la guerra como sinónimo de caos, olvidando el componente de cambio social que puede derivarse de ella (pp. 166-169). Si bien es cierto que la guerra liberiana se prolongó en el tiempo debido a que ciertos actores “encontraron una funcionalidad racional en la economía de la guerra” (p. 24) a través del “uso político del desorden”^[12], también es cierto que este conflicto no se puede explicar tan sólo acudiendo a la racionalidad económica de algunos sectores sociales (p. 53). La autora nos aconseja, pues, olvidarnos de esquemas de análisis demasiado rígidos y nos anima a la reflexión y a un estudio crítico y específico para cada caso concreto. Y esto es lo que nos ofrece *Las buenas intenciones*. Liberia, Somalia y Ruanda. En cada uno de los casos analizados se

nos presentan las claves históricas necesarias para entender el conflicto y una visión amplia, rigurosa y pormenorizada de la posterior respuesta internacional.

Liberia. Siete años de guerra civil (1990-1997), 150.000 muertos, 850.000 refugiados, 2'6 millones de desplazados. Cualquier cifra es, por definición, desnaturalizada. El colapso del estado liberiano en el año 1989 da lugar a la primera intervención humanitaria de la posguerra fría, en este caso la única llevada a cabo por una coalición de estados africanos (p. 23). La intervención de la CEDEAO (Comunidad Económica del África Occidental) en Liberia la llevaron a cabo tropas de Nigeria, Ghana, Sierra Leona y Guinea. A ojos de las potencias occidentales las causas del conflicto habría que buscarlas en los odios étnicos ancestrales (p. 24). La escasa atención prestada a la Guerra Civil de Liberia en nuestros medios de comunicación ha estado también muy desvirtuada y ha invisibilizado toda su complejidad. La autora de *Las buenas intenciones* va más allá y nos conduce por la historia del país hasta dar con las claves. Ruiz-Giménez sostiene que, si bien en el desencadenamiento del conflicto descansan ciertas tensiones étnicas, el derrumbamiento del estado liberiano se debió a una instrumentalización de la etnicidad gracias a un sistema basado en la exclusión de muchos sectores sociales durante 130 años y al fin del contrato de mantenimiento con Estados Unidos, que hasta el fin de la Guerra Fría había utilizado el país como su teatro de operaciones. La pérdida de legitimidad del estado debida a la tribalización política llevada a cabo por Samuel Doe y la crisis económica derivada de los Planes de Ajuste Estructural promovidos por las Instituciones Financieras Internacionales son razones más creíbles en relación con el colapso del estado liberiano y el inicio de la guerra civil. En cuanto a su continuidad, es entonces cuando el enfoque de la Economía Política de la Guerra tiene poder explicativo, ya que ciertos actores encuentran una funcionalidad económica en su prolongación. La manera en la que abordó el conflicto, "muestra los peligros del abuso del intervencionismo humanitario y como éste puede servir claramente para el encubrimiento de intervenciones geoestratégicas" (p. 55).

El caso de Somalia es, según Ruiz-Giménez, "un ejemplo paradigmático de los límites del intervencionismo humanitario y de los problemas del estándar civilizatorio emergente" (p. 61). Somalia es hoy un estado sin estado, desde el año 1995 en el que las tropas internacionales abandonan el país tras la "intervención humanitaria más ambiciosa, costosa y extensa que se haya dado en la historia" (p. 61). Nuestra autora nos desvela las verdaderas causas de la guerra somalí que se extendió por todo el país a partir del año 1990 y que en el mundo occidental fue explicada como "producto de un

irracionalismo atávico” (p. 94). Por otro lado nos acerca también a la realidad del desembarco internacional en el territorio, que desde principios de los años 80 contaba con un contrato de mantenimiento con Estados Unidos. Finalizada la Guerra Fría se pierde también el interés geoestratégico en la región. El 5 de enero de 1991, afirma T. Frank Crogler (antiguo embajador de Estados Unidos en Somalia), el Gobierno de Estados Unidos “apaga las luces, cierra la puerta y se olvida del lugar”^[13] (p. 71). Poco después, sin embargo, George Bush inaugura un novedoso intervencionismo humanitario de corte militar que rompe con el paradigma clásico (p. 80).

Ruiz-Giménez se pregunta el porqué de este cambio de actitud y encuentra en el efecto CNN la explicación más creíble. Un efecto con dos caras ya que la “necesidad de hacer algo” frente a una opinión pública sensibilizada con el conflicto somalí pronto se transformó en el imperativo de retirar las tropas mientras esa misma opinión pública decidió que no quería asumir los costes de la intervención. Entonces, “la sombra de Vietnam revoloteó sobre la agenda política estadounidense” (p. 92). Reacción que parece indicar que el síndrome de los bodybag “importa más cuando la intervención es humanitaria que cuando políticos y opinión pública creen que hay intereses vitales para su país en juego” (p. 98). Cuando EEUU y Naciones Unidas abandonan el país en el año 1995 no habían reconstruido el estado ni solucionado el conflicto. El fracaso de esta intervención da lugar al enfriamiento de la euforia humanitaria, lo que “empujó a la inacción internacional en el genocidio en Ruanda” (p. 99).

En este punto, la autora de *Las buenas intenciones* quiere explicar cómo fue posible que se cometiese un genocidio de tal magnitud frente a la pasividad de la comunidad internacional, que ya tras la II Guerra Mundial se había comprometido a prevenir y castigar este tipo de actos (p. 106). Una vez iniciada la Guerra Civil de Ruanda en el año 1990, Naciones Unidas retiran los cascos azules de la zona y las principales potencias aducen no poder hacer nada ante tal salvajismo. Antes de la colonización, el reino de Ruanda estaba dividido en más de una docena de clanes. En cada uno de ellos se incluían tutsis y hutus, y estas categorías eran flexibles. Desde el siglo XIX Ruanda pasó por manos alemanas y belgas, potencias que hicieron uso de lo que Eric Hobsbawn y Terence Ranger denominaron “la invención de la tradición” para instalar un sistema de gobierno indirecto asentado sobre el mito camítico (p.107). Según éste, los tutsis (15% de la población) eran una raza superior, más civilizada y cercana a los europeos. El “divide y vencerás” de los imperios coloniales europeos encontró en Ruanda su mejor campo de juegos, y es que fue tal el poder del mito que se incorporó al

propio imaginario colectivo ruandés. Se creó una “peligrosa bomba social potenciada por las políticas coloniales discriminatorias a favor de los tutsis” (p.108).

El discurso del nuevo barbarismo sirvió, una vez más, a los intereses de las potencias occidentales, que trataron de despolitizar la violencia desatada en el país para justificar su inacción. En palabras de nuestra autora, “aunque el corazón de las tinieblas africanas puede resultar confortable para la autoimagen de Occidente impotente frente al salvajismo africano, es una visión absolutamente falsa que nuevamente esconde, en mi opinión de forma intencionada, el origen eminentemente político del conflicto ruandés y las responsabilidades de ciertos actores locales, regionales e internacionales” (p.107). De hecho, el plan genocida orquestado por la monarquía hutu era de sobra conocido en instancias occidentales. Las embajadas de EEUU y Gran Bretaña conocían incluso listas de potenciales objetivos, pero en la reunión del Consejo de Seguridad del 5 de abril de 1994, un día antes del inicio del genocidio, las grandes potencias pasaron por alto toda la información (p. 115). Entre 1990 y 1993 ya habían sido asesinadas más de 2000 personas y “el 6 de abril de 1994, la violencia se convertía en genocidio” (p. 122). La pasividad internacional ante el genocidio de Ruanda será recordada siempre como uno de los actos más ignominiosos de la historia.

Ken Booth afirmaba en un magnífico artículo que las teorías de Relaciones Internacionales juegan el papel del Prozac de las ciencias humanas, nos inmunizan frente a una realidad desastrosa que presentan como “el mejor de los mundos posibles”^[14]. Las intervenciones humanitarias en Liberia y Somalia se resguardaron bajo el manto de las “buenas intenciones” de la misma manera que la vergonzosa pasividad internacional ante el genocidio ruandés se amparó en la idea de la irreversibilidad de la violencia en África. Los tres casos de estudio que nos plantea Itziar Ruiz-Giménez son ejemplos paradigmáticos de la retórica del humanitarismo occidental en la inmediata posguerra fría. Existía la necesidad de una obra como esta para acercarnos a la realidad de las relaciones internacionales con la mente despejada de prejuicios, abierta a la comprensión y a la crítica. Tras una lectura pausada de *Las buenas intenciones concluirémos*, junto a ella, que “África sigue siendo el corazón de las tinieblas para un Occidente que necesita pensarse a sí mismo como civilizado y civilizador” (p.141). Al finalizar la lectura de esta obra esperaremos con impaciencia la inminente publicación del nuevo libro de su autora, *La Intervención Humanitaria en la historia de las Relaciones Internacionales (Los Libros de la Catarata)*.

En estas páginas hemos tratado de recoger algunos de los hilos que Itziar Ruiz-Giménez ha puesto entre nuestros dedos. Esperamos que, cual Penélope, continúe por mucho tiempo destejiendo este tapiz multicolor que hasta ahora las teorías de Relaciones Internacionales y los medios de comunicación nos han ofrecido en blanco y negro.

Notas

[1] Itziar Ruiz-Giménez ya ha participado en varios libros colectivos, además de haber publicado numerosos artículos sobre diversas temáticas relacionadas con la inserción de África en las relaciones internacionales y elaborado informes para Amnistía Internacional. Ver, por ejemplo, RUIZ-GIMÉNEZ, Itziar, (2000), "El colapso del estado poscolonial en la década de los noventa. La participación internacional", en PEÑAS ESTEBAN, F.J (ed): *África en el sistema internacional. Cinco siglos de frontera*. La Catarata-UAM, págs 165-208

[2] Ruiz-Giménez cita la metáfora empleada por Alonso. Ver ALONSO L. (2000), *Pensando en África. Una excursión a los tópicos del continente*, Icaria, Barcelona.

[3] El mito del "buen salvaje", popularizado por Rousseau en el siglo XVIII, ha definido las miradas sobre el "otro" más extendidas en el mundo occidental. Hoy, las agencias de cooperación y las ONG se han convertido en sus principales impulsores.

[4] HUBAND, Mark, 2004: *África después de la Guerra Fría. La promesa rota de un continente*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.

[5] RUIZ -GIMÉNEZ, Itziar, 2004: "La revitalización de la guerra justa en la posguerra fría desde una perspectiva constructivista: la irrupción del intervencionismo humanitario", Working paper, Departamento de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid.

[6] Para un estudio de la historia de la intervención humanitaria ver RUIZ-GIMÉNEZ, I. (2002), *La intervención humanitaria en las Relaciones Internacionales: Del cambio normativo a la realidad intervecionista de la posguerra fría*. Tesis Doctoral, mimeo, capítulo I. El libro que reseñamos forma parte de esta tesis doctoral.

[7] Ver PEÑAS ESTEBAN, F. J. (2000), *Hermanos y enemigos. Liberalismo y Relaciones Internacionales*. La Catarata, Madrid.

[8] Como nos explica la autora, esta denominación fue empleada por primera vez por Paul Richards. Ver RICHARDS, P. (1996), *Fighting for the Rain Forest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*, James Currey, Londres.

[9] Pensemos, por ejemplo, en el “choque de civilizaciones” anunciado por Samuel Huntington.

[10] COLLIER, P. Et Al. (2003), *Breaking the conflict trap. Civil War and development policy*, World Bank and Oxford University Press, Washington D. C

[11] Ver DUFFIELD, Mark, 2001: *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*. Madrid. La Catarata

[12] Ver CHABAL, P & DALOZ, J. P. (1999), *África camina. El desorden como instrumento político*, Barcelona, Bellaterra.

[13] Citado en LYONS, T & SAMATAR, A. I., 1995, *Somalia, State Collapse, Multilateral Intervention and Strategies for Political Reconstruction*. Washington:Brookings Occasional Papers.

[14] Ver BOOTH, Ken, 1995: “Human Wrongs And International Relations”, *International Affairs* 71, I.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALONSO L. 2000, *Pensando en África. Una excursión a los tópicos del continente*, Icaria, Barcelona.

BOOTH, Ken, 1995, "Human Wrongs And International Relations", *International Affairs* 71, I.

CHABAL, P & DALOZ, J. P. 1999, *África camina. El desorden como instrumento político*, Barcelona, Bellaterra.

COLLIER, P. Et Al. 2003, *Breaking the conflict trap. Civil War and development policy*, World Bank and Oxford University Press, Washington D. C

DUFFIELD, Mark, 2001, *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*. Madrid. La Catarata

HUBAND, Mark, 2004, *África después de la Guerra Fría. La promesa rota de un continente*, Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.

LYONS, T & SAMATAR, A. I., 1995, *Somalia, State Collapse, Multilateral Intervention and Strategies for Political Reconstruction*. Washington, Brookings Occasional Papers.

PEÑAS ESTEBAN, F. J. 2000, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y Relaciones Internacionales*. La Catarata, Madrid.

RICHARDS, P. 1996, *Fighting for the Rain Forest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*, James Currey, Londres.

RUIZ-GIMÉNEZ, Itziar, 2000, "El colapso del estado poscolonial en la década de los noventa. La participación internacional", en PEÑAS ESTEBAN, F.J (ed): *África en el sistema internacional. Cinco siglos de frontera*. La Catarata-UAM, págs 165-208

RUIZ-GIMÉNEZ, Itziar, 2002, *La intervención humanitaria en las Relaciones Internacionales: Del cambio normativo a la realidad interveccionista de la posguerra fría*. Tesis Doctoral, mimeo, capítulo I. El libro que reseñamos forma parte de esta tesis doctoral.

RUIZ -GIMÉNEZ, Itziar, 2004: "La revitalización de la guerra justa en la posguerra fría desde una perspectiva constructivista: la irrupción del intervencionismo humanitario",

Working paper, Departamento de Ciencia Política, Universidad Autónoma de Madrid.